

sois mi único amigo, cuando sois mi hermano?—dijo con un acento de profunda ternura y de melancolía D^a Laura.

—Señora, procuraré vivir por vos y para vos.

—Así os quiero, bueno y resignado.

La jóven tendió su pálida mano á D. Lope y él la llevó á sus labios con una especie de veneracion.

Pocos momentos despues se despidió y salió de la casa meditabundo.

—Es imposible que pueda yo amarla mas—decia D. Lope en la calle.

Y D^a Laura pensaba en su aposento:

—Si yo fuera capaz de amar, le amaria. . . .

VI.

De lo que respecto al marqués de San Vicente, mariscal de campo y castellano de Acapulco, pensaban y decian en México.



NUNCIOSE en México por principios del mes de Mayo, que habia llegado á Veracruz el señor marqués de San Vicente, mariscal de campo y castellano de Acapulco.

Atribuyéronle algunos, cargo de visitador del reino de Nueva-España, y á pesar de que todos los ánimos estaban inquietos con la aparicion de los piratas en las costas, la nueva de la llegada del marqués de San Vicente preocupó altamente al virey marqués de la Laguna, á la audiencia, á los principales señores y á la multitud en jeneral.

Desde que á tratar se comenzó de la venida de aquel personaje, observarse pudo que por parte de muchos señores se ponía particular empeño en enzalsarle; que por parte de la audiencia se desconfiaba estraordinariamente de él, y que el virey permanecia en una especie de neutralidad misteriosa, procurando no tomar parte en pró ni en contra del marqués de San Vicente.

En esta incertidumbre, el marqués salió de Veracruz y se dirigió á México.

Como si aquel solo hombre constituyera por sí solo un ejército enemigo capaz de trastornar el reino, y como si de su sola voluntad estuviesen pendientes los destinos de las colonias, así se produjo en la ciudad una extraordinaria agitación con motivo de su viaje.

Los oidores y todos los de su partido pretendían que supuesto que el marqués de San Vicente no había enviado sus papeles, debía procederse inmediatamente á su aprehensión para impedir que se fuese á causar un trastorno en los dominios de S. M.

Los partidarios y defensores del de San Vicente, por el contrario, sostenían que pues con tanta franqueza se internaba el marqués, en orden debía traer sus papeles y nombramientos, que de no ser así, recatado se habría, y concluían diciendo que el de San Vicente necesitaba ser tratado con todas las consideraciones y respetos dignos de su elevado carácter.

Naturalmente el centro á donde venían á chocar todas las exigencias y todas las fuerzas puestas en juego, era el virey, que procuraba en vano dejar desapercibidas estas voces, porque unos y otros acudían á palacio diariamente y á todas horas á suplicarle, á urjirle y hasta amenazarle con Su Majestad.

Contábanse entre los mas exaltados perseguidores del marqués de San Vicente, los oidores D. Frutos Delgado y D. Martin de Solís.

Los dos se presentaron al virey una mañana, la víspera de la llegada de los correos que anunciaron el desembarque de los piratas en Veracruz.

El virey se encerró con ellos en una estancia.

—Quizá—dijo D. Frutos—molestará ya á S. E. nuestra constante solicitud en el asunto del tan mentado marqués de San Vicente, pero séanos suficiente disculpa el celo que nos guía por el buen servicio de S. M. y por la paz y tranquilidad de estos reinos.

—De ninguna manera puede su señoría.—contestó el virey—molestar atención que merece y muy cumplida, siempre y principalmente en los negocios que atañen al real servicio; ¿qué tiene que decirme vuesa señoría?

—Mi compañero el Lic. D. Martin de Solís y yo—continuó D. Frutos—hemos sabido que avanza en su camino para la ciudad el susodicho marqués de San Vicente, y veníamos á suplicar á V. E. que se tomara en tan grave negocio, una como se requiere grave providencia.

—Supuesto que lo exigen así—agregó D. Martin—el sagrado deber en que está vuestro celo de velar por la paz de los dominios del rey nuestro señor (Q. D. G.) y el que á nosotros nos impone nuestro oficio de ayudar á V. E. en tan delicada misión.

—A fé mia, señores—contestó el virey—que en este negocio pienso lo mismo que ya otras veces he manifestado á sus señorías, esto es, que no veo razón para tener como negocio de gran importancia la venida de un hombre desconocido á estos reinos; que si misión le asiste de S. M., manifestará sus papeles que serán acatados y obedecidos como merecen, y si por el contrario, es un impostor, nada podrá hacer porque la justicia vela sobre él.

—¿Pero no cree V. E.—dijo D. Frutos—que es temeridad dejarle comunicarse con todas sus jentes y preparar así algun mal proyecto que indudablemente debe traer?

—¿Fia su señoría—contestó el virey—tan poco de la lealtad de los súbditos de S. M. en Nueva-España, que piense que un desconocido pueda causar un trastorno en tan pocos dias?

—Realmente—dijo D. Martin—es porque examinando las circunstancias todas de la llegada de ese personaje misterioso á Veracruz, llegado hemos hasta suponer que el tal mariscal de campo y castellano de Acapulco, es ó será emisario ó enviado de los piratas que infestan el Golfo, y trae, ó encargo de explorar el interior de la tierra firme y los medios de defensa con que contamos, ó mision de buscar cómplices y ponerse de acuerdo con algunos mal-querientes del gobierno de S. M. para intentar algo mas sério sobre las costas.

—No veo, en el caso de que tal sospecha tuviera fundamento—contestó el virey—el motivo por el cual ese hombre viniera llamando sobre sí la atencion y escitando la pública curiosidad con sus títulos y nombres supuestos, espóñiéndose mas y mas á las miradas de la justicia, que si tal intencion que supone S. S., trajera, procurara venir oculto y sin hacer un vano alarde de su persona.

—A pesar de todo—dijo D. Frutos—creo que V. E. debiera proceder á la aprehension, siquiera para precaver un escándalo.

—El escándalo se daría—replicó el virey—aprehendiendo á un noble sin tener una prueba suficiente.

—Es que no hay razon para creer que el tal sea noble—contestó con exaltacion D. Martin.

—Ni tampoco—replicó con calma el virey—para decir que no lo sea.

—Vuecencia ha oido las presunciones que hay contra él.

—Mejor que presunciones diga S. S. las hablillas.

—Puede V. E. estar seguro de que es emisario de los piratas.

—De lo que debe estar seguro su señoría, es de que nada cierto se sabe respecto de esa persona.

—V. E. tiene la sagrada obligacion de castigar y de evitar los crímenes—dijo con vehemencia D. Martin.

—Es verdad—replicó el virey—pero no de inventarlos.

—Es que el de ese hombre no es una invencion, y mas tarde ó mas temprano quedará V. E. convencido de ello.

—Y entonces mas tarde ó mas temprano castigaráse el crimen, si mas tarde ó mas temprano le hay.

—V. E. hará en esto lo que mejor le parezca—dijo D. Frutos—pero nuestra conciencia queda tranquila con este paso.

—Pueden descansar sus señorías tranquilos en su conciencia, porque escucho el consejo, y tomaré la resolucion que crea oportuna llegado el caso.

Aquella conferencia no podia prolongarse mas por el punto á que habia llegado, y los oidores creyeron prudente retirarse.

El virey les acompañó hasta la puerta y allí se despidieron con muestras de mucha satisfaccion.

Pero en el fondo los oidores iban rabiosos.

Apenas los oidores salian de la cámara del virey cuando anunciaron á éste que deseaba hablarle D. Lope de Montemayor.

El virey pareció vacilar un momento, y despues de reflexionar un poco dió órden para que le dejasen entrar.

—¿Está solo V. E?—preguntó D. Lope.

—Solo—contestó el virey.

—¿En tal caso puedo hablar con confianza?

—Entera.

—Pues bien, señor, sabe ya V. E. que el marqués de San Vicente ha emprendido su marcha para esta ciudad.

—Lo sé, que ha poco salieron de aquí dos oidores que venían á pedirme le mandara aprehender.

—¿Y V. E. no accedió á su petición?

—Por supuesto, apesar de que con tal imprudencia camina el marqués que temo mucho me cause un conflicto con la audiencia.

—S. M. D^a María Ana de Austria escribe que tiene recomendado al marqués muy particularmente con V. E.

—Si por eso no fuera, la conducta que observa el marqués le tendria ya en la cárcel.

—¿Qué desea V. E. que haga para evitarle un compromiso?

—Por ahora ya nada, que la prudencia debiera haberse buscado en el principio; hoy no haria mas que reagrar la situacion.

—Es verdad, señor.

—Pero temo que llegando á México sea necesario exigirle sus papeles.

—Estoy seguro de que los tiene en órden.

—¿Los tiene?

—Sí, señor.

—Pues por qué no los manifiesta?

—Quizá no conviene á la mision que trae, que como V. E. sabe, es doble.

El virey pareció turbarse.

—Tal no sé—contestó visiblemente contrariado.

—Pues la reina nos dice.....

—Dejad que S. M. diga lo que quiera, y obrad como ella os ordene ó como á vosotros os convenga, porque cuando digo que no sé, es decirlo que no quiero saber.

—La voluntad de V. E. debe ser muy respetable, pero en casos como el presente deseariamos conocerla.

—O sois muy niño para el papel que quereis representar, ó pretendéis disgustarme; que no sé nada os he dicho, y cuando estais cierto de que lo sé, creo haberos dicho ya mas de lo suficiente.

—Perdone V. E.

—Obrad, obrad con actividad, con discrecion y con sigilo: nada sabré nunca, pero haced de manera que no me pongais en un conflicto porque en ese caso tendré que arrostrar por todo: yo no quiero oponerme á lo que vosotros meditais pero tampoco consentiré en ser la víctima de vuestra imprudencia ó de vuestra torpeza: nada más tenéis que preguntarme ¿entendeis?

—Demasiado, señor.

Aquello equivalia á una despedida: D. Lope se levantó, se despidió del virey y salió de la estancia.

—Por vida mia—esclamó el virey cuando se encontró solo—este es un juego peligroso; lo que me importa es no perder la cabeza, para no perder la partida y triunfar con el que triunfe; ni tengo fuerza para oponerme, ni voluntad para ayudar: Dios dispondrá lo que fuere de su agrado.

Y tocando una campanilla de plata que habia sobre la mesa, hizo llamar á su secretario y comenzó su despacho del dia.